

la simple y descarnada radiografía de la Noche con mayúscula y sus luces de neón o la silueta de los edificios congelados bajo una tormenta de nieve para denunciar la injusticia gélida de sus inquilinos sin calefacción.

La melodía del columnista es un reto en prosa para toda pluma que intente escuchar la música en cada línea: Pete llevaba con el pie derecho el tempo que se iba fraguando en la vieja máquina de escribir —y luego en el no tan silencioso repiqueteo del procesador de palabras o computadora ya portátil o de pantalla ancha—. Hamill escuchaba la música de las palabras y lograba armonizarlas con las notas que leía desde sus libretas y la memoria viva de lo visto y palpado en las calles, desde las azoteas entre las nubes y bajo los túneles del subterráneo.

Pete Hamill presenció a dos metros de distancia cómo entraron las balas al cráneo de Bobby Kennedy en Los Ángeles. El delirante asesino había incluso apoyado el puño con revólver en el brazo izquierdo de Hamill que venía anotando palabras al vuelo, mirando de frente a Bobby y caminando de espaldas hacia la entrada de una cocina de hotel. El trauma le provocó no solo una lamentable

navegación ética de su luto sino un hermético bloqueo que silenció a su pluma... hasta que alguien logró recordarle que su vocación de escritor y su destreza como periodista no solo deberían destilar más novelas y crónicas, sino más y mejores columnas del único Hamill capaz de biografar, retratar o evocar a la Asamblea de Fantasmas de lo que se llamó Nueva York: los muertos y sus legados, los vivos pero olvidados, los famosos en desgracias, los héroes anónimos, el perfume de un donaire y el aliento de las nubes moribundas. Es como si volviera a la columna para continuar con una labor que en el fondo se publica para confortar al afligido y afligir al acomodado o acomodaticio. Columna para dar voz al vacío y acallar los gritos del engraido.

Efectivamente, en ninguna escena de la película *Casablanca* se escucha que Rick o Humphrey Bogart le diga al pianista: “*Play it again, Sam*”; si acaso, es Ilsa Lund o Ingrid Bergman la que lo dice aunando como plegaria que toque esa melodía específica *por los viejos tiempos*. Cada mañana con o sin el debido desayuno echo de menos la ensoñación en blanco y negro de empezar una jornada leyendo una columna de Pete Hamill,

más aún cuando la tormenta pixelada de todos los posibles colores se conjura en pantallas de todos los tamaños para inundarnos con ruido, banalidades y muchas, muchísimas mentiras y por todo eso, al abrir sus libros y resignarme a que solo nos queda la tinta, le pido a Pete que vuelva a tocar un párrafo. *Play it again, Pete*, porque en el fondo el arte de la columna es sonata o mazurca, bolero o canción de grandes bandas en el marasmo del periodismo que esencialmente pertenece al reino del conocimiento y no a la engañosa esclavitud publicitaria o monetaria y, esencialmente, la columna es un género privilegiado al convertir el mero oficio de informar en opinión, debate democrático y conversación; eso que se puede incluso abrir a la vera sapiencia o sabiduría con la debida honestidad y filiación a los hechos, el repudio o erradicación del chisme y la mentira y todo eso es precisamente la música en palabras que destilaba Pete Hamill con las yemas de los dedos, el inmenso corazón y el intelecto forjado en su manera de leer el mundo. ~

JORGE F. HERNÁNDEZ es escritor y librero. El año pasado, Libros del Kultrum publicó su traducción de *La Voz. Por qué importa Sinatra*, de Pete Hamill.

EL MUNDO SEGÚN JORGE IBARGÜENGOITIA

por Ana García Bergua

Es difícil separar las novelas, cuentos y obras de teatro de Jorge Ibargüengoitia (Guanajuato, 1928-Madrid, 1983) de sus artículos y crónicas periodísticas. No es un capricho decir que estos últimos forman parte de su obra literaria con todo el derecho que poseen ya los llamados

grandes géneros: el tono, el narrador que es siempre él mismo, la agudeza humorística con que desnuda paradojas y revela verdades.

Si bien en los años sesenta Ibargüengoitia ya era conocido, pues había publicado *La ley de Herodes* y la novela *Los relámpagos de agosto* —que mereció el premio Casa de las Américas— además de las obras de teatro con las que no

le había ido tan bien, el periodismo le abrió las puertas del gran público que a través de este se acercaría a su obra.

El propio Ibargüengoitia relató en uno de sus artículos su ingreso al *Excelsior*:

Pocos días después conocí a Julio Scherer en las oficinas de la dirección. Su cortesía y la cordialidad efusiva con que me recibió me halagaron y me causaron muy buena impresión, aunque era indicio claro de que él y yo éramos animales de diferente especie. Recuerdo que me dio una tarjeta en la que había apuntado dos números de teléfono, frente a

uno había escrito “oficina” y frente al otro, “su casa”, es decir la mía, es decir la de él.

Scherer me dijo:

—Quiero que usted escriba uno o dos artículos humorísticos a la semana, sobre los temas que usted quiera, le prometo, don Jorge, que todo lo que usted diga, mientras no vaya en contra de los intereses del periódico, será publicado. En resumidas cuentas, quiero que haya un rincón en este periódico en el que usted se sienta a gusto y pueda hacer lo que se le antoje.

Al oír aquellas palabras creí que estaba oyendo otra fórmula cortés, pero al examinar mi experiencia de ocho años en el periódico, acabo por reconocer que fueron la pura verdad.¹

Ibargüengoitia había publicado ya una columna de crítica teatral en la *Revista de la Universidad de México* y otros textos en la revista de literatura *S.nob* y el suplemento “México en la Cultura”, pero indudablemente a ese “sentirse a gusto” contribuyó el hecho de que, alentado por Scherer, siempre habló de lo que quiso, quizá con el mismo impulso con que abordaba los temas de sus cuentos y novelas. Su primera columna apareció en el periódico “el 13 de diciembre de 1968; escribió una crónica breve sobre sus experiencias en las aduanas mexicanas en un tono humorístico. Le siguió el texto sobre las escuelas primarias donde se cuestionaba el hecho extraño de que los niños no las hubieran ya quemado. Fue hasta el 27 de diciembre cuando escribió: ‘Frasas célebres: Práctica de dudosa efectividad’?”²

A partir de entonces, se convirtió en uno de los columnistas más leídos del diario, gracias a que sus columnas eran a la vez sagaces, irónicas

y divertidas, y abarcaban todo tipo de temas, desde los discursos políticos, el comportamiento de la gente en la calle (tocando “El Arauca vibrador” con el claxon, por ejemplo), hasta los pequeños avatares de su vida diaria en Coyoacán, donde vivía con su madre y su esposa la pintora Joy Laville, o de su infancia guanajuatense.

“El periodismo de calidad es propio de quien está elaborando un estado de ánimo y, con inteligencia y rigor, es capaz de traducirlo en un estilo peculiar para observar y redactar”, señala Guillermo Sheridan en el prólogo a *Autopsias rápidas*, el primer volumen en el que se reunieron las crónicas periodísticas del autor después de su fallecimiento. Ese estilo peculiar con el que Ibargüengoitia podía abordar cualquier tema y convertirlo en algo irrisorio y a la vez muy notable e interesante —un poco a la manera de Chesterton o, como ya se ha dicho, de Evelyn Waugh— es parte de su grandeza y su particularidad como escritor mexicano. A fuerza de hablar de todo, sus columnas fueron conformando una obra personalísima que muchos escritores han tratado de imitar.

Hablando de su estilo, el propio Ibargüengoitia escribió en *Excelsior* con relación a *La ley de Herodes*: “Recuerdo que un autor, a quien no admiro gran cosa, me dijo una vez: ‘Te felicito por los cuentos, son estupendos, pero quiero hacerte una recomendación. Cuida más tu estilo. Es decir, elabora más, trabájalos más. Hazlo más exquisito, más acabado. Este se ve muy puesto así, como quien echa algo en un bote de la basura.’ Pues sí, así es como lo quiero. Esos cuentos los escribí yo con ganas de que reflejaran la mayor naturalidad posible. No hay ninguna treta de cambios cronológicos, no hay cambios de punto de vista; todo está narrado en primera persona. El narrador soy yo. En ningún caso se

pretende que el narrador sea otra persona. Esto para mí es la sencillez llevada a su última expresión.”³

Ese esfuerzo de estilo, la búsqueda de la mayor naturalidad, se puede encontrar tanto en su mirada sobre la Independencia en *Los pasos de López* como en *Los relámpagos de agosto* que habla de la Revolución y, por supuesto, en el resto de sus libros. El suyo es un punto de vista que a través del desparpajo y la risa revela verdades profundas sin ganas de que pasen como tales. Los años setenta, que desfilan por sus columnas con todo el esplendor de la ridiculez y la tragedia del México de los sexenios de Echeverría y López Portillo, son observados por un personaje misántropo que vive en Coyoacán y todo critica con ánimo devastador que se disfraza de sentido común:

Van los mexicanos a ver si ganan de chiripa, no califican, regresan a su país y la gente se ofende porque bajan del avión sonrientes.

¿Por qué no van a sonreír? ¿No les acaban de dar gratis un viaje a Europa? ¿No les regalaron una cazadora bastante ridícula y una maleta blanca? Hay que admitir que, aunque no hayan calificado, su situación es bastante envidiable. Entonces, ¿por qué esperar que se bajen del avión llorando?⁴

En 1972 publicó *Viajes en la América ignota*, en el que reunía artículos del *Excelsior* y algunas crónicas de viaje a Washington y a la Cuba revolucionaria, amén de textos misceláneos, entre ellos uno sobre las madres, “El arte de escribir biografías”, “Días de congreso” y uno que me llamó la atención sobre los vampiros:

3 “El escritor y su mundo”, entrevista a Jorge Ibargüengoitia, *Excelsior*, domingo 25 de abril de 1971, citado por Alejandro Lámbarry en *Jorge Ibargüengoitia: un escritor entre ruinas*, Universidad de Guanajuato, 2022.

4 “Otra fiesta que se agua”, *Instrucciones para vivir en México*, Joaquín Mortiz, 1990.

1 Jorge Ibargüengoitia, *Autopsias rápidas*, Vuelta, 1988.

2 Alejandro Lámbarry, *Jorge Ibargüengoitia: un escritor entre ruinas*, Universidad de Guanajuato, 2022.

Reflexionemos por ejemplo sobre el atractivo que los vampiros, a pesar de ser feísimos, tienen sobre las mujeres. Siempre se mueven en círculos sociales repletos de guapas y a todas seducen. Gente que en la vida real sería incapaz de producirle una pasión a una mosca, adquiere en la película una fascinación irresistible, debida en parte al redingote y en parte al peinado estilo Directorio.⁵

En 1975 apareció *Sálvese quien pueda*, una recolección, como el rescate de un naufragio, según decía en la breve nota introductoria del autor, de unos textos sobre su infancia, una obra de teatro y un puñado de artículos publicados en *Excélsior*, que, “en mi opinión, merecen ser presentados nuevamente, en la perspectiva de un libro”. Para este volumen Ibargüengoitia eligió un curioso grupo de temas: los crucigramas, un sistema para ordenar documentos (con el que termina tirándolos todos a la basura), un abrigo azul que nunca usó, un profesor mexicanista que lo

mira con desconfianza, etc. Da qué pensar el que esos textos fueran los que merecían para él aparecer de nuevo en físico, reunidos. Aunque quizá su selección esté basada en el disfrute habitual que le generaba la escritura de aquella columna:

¿Estoy satisfecho con mi columna? Francamente, sí. En todos sentidos: como rutina es la más agradable que he tenido en mi vida. ¿Cuántos asalariados pueden decir lo que yo he estado diciendo varios años: “los lunes a las doce y media termina el trabajo de la semana”?

En cuanto a lo escrito, después de hacer la consideración consabida de que solo un genio puede ser genial cada martes y viernes, debo admitir que hay artículos —unos cuantos— que me dejan satisfecho y que, dentro de las restricciones peculiares del género, tienen una calidad que no desmerece al compararlos con otras cosas que he escrito con mucho más cuidado.⁶

Después del golpe a *Excélsior* en 1976, Ibargüengoitia continuó colaborando en *Vuelta* con una columna mensual. A su muerte, ocurrida en 1983, Guillermo Sheridan se daría a la tarea de recopilar y ordenar una selección de artículos en tres volúmenes: el ya citado *Autopsias rápidas*, *Instrucciones para vivir en México y La casa de usted y otros viajes*. Más tarde saldrían *Ideas en venta*, *Misterios de la vida diaria* y *¿Olvida usted su equipaje?*, editados por Jesús Quintero, para deleite de los lectores.

Con los años he ido venciendo la culpa que me provocaba ponerme a leer las crónicas periodísticas de Ibargüengoitia y olvidar el mundo, porque tenía la impresión de estar abandonando las lecturas importantes. A estas alturas, sin hacer a un lado la obra narrativa, por supuesto, estos textos son para mí lo más importante, el gota a gota donde un escritor va dejando su vida como el rastro genial de su propio personaje. ~

ANA GARCÍA BERGUA es narradora y ensayista. Su libro más reciente es *La escalera eléctrica* (UANL, 2023).

5 “Vida de los vampiros”, *Viajes en la América ignota*, Joaquín Mortiz, 1972.

6 Citado por Guillermo Sheridan en el prólogo a *Autopsias rápidas*.

EL PERIODISMO DESCONOCIDO DE ROSARIO CASTELLANOS

por **Diana del Ángel**

I Todos los escritores tienen secretos. Rosario Castellanos (Ciudad de México, 1925-Tel Aviv, 1974) es sin duda una de las autoras más enigmáticas de nuestra literatura. Su figura provoca preguntas que van de la curiosidad al morbo, ya sea por su muerte como por su vida sentimental. Castellanos fue varias

Rosarios, y los años por venir serán el escenario de descubrimientos y hallazgos sobre lo que fue y pudo ser. Esta es la historia de una Rosario joven, ya “famosa” por haber publicado algunos “poemas muy bien comentados” y haber sido convocada a una gira cultural en Guatemala, pero lejos todavía de ser la escritora clave para las letras mexicanas en que se convirtió casi al mismo tiempo que

fue nombrada embajadora de México en Israel.

En 1953 México atravesaba por el milagro mexicano, se había aprobado el derecho de las mujeres a votar y ser votadas, el partido gobernante era el PRI y la Revolución mexicana no era más que un recuerdo lejano. Rosario Castellanos tenía alrededor de veintiocho años, hacía tres se había graduado —entre “risas frecuentes de cuantos asistimos” a su examen profesional, recuerda Dolores Castro— como maestra en filosofía con la tesis *Sobre cultura femenina*. En 1951 había ido a Madrid, junto con Castro, a cursar estudios de estética y estilística. A su regreso en 1952, cuando trabajaba